

Granadero

—Poné al pibe de Ernestina —le ordenó el rector a la maestra de música cuando estaba organizando la lista de alumnos para el acto del 9 de Julio.

Había escuchado detrás de la puerta de la dirección y estaba emocionado. ¡Que orgullosa iba a estar mi mami!

Ernestina, mi mamá, trabajaba en la cocina del colegio y les preparaba la comida a los curas y a los chicos que eran pupilos como yo. Con mis diez añitos, yo era la mascota del colegio, una especie de curita en miniatura que habían adoptado quizás por compasión o tal vez para evitar acciones legales por aquel terrible accidente.

Papá era el empleado de mantenimiento de ese colegio de Quilmes, cuando yo aún no iba al jardín. Una tarde de lluvia mientras intentaba arreglar el timbre que llama al recreo se quedó electrocutado y nos dejó en la calle. Así fue como contrataron a mamá como ayudante de cocina y a mi me dieron una beca. Esa fue la forma que sin duda el abogado de la institución les había sugerido a los curas para mitigar aquel daño irreparable.

Cada vez que sonaba el timbre la imagen de papá aparecía en mi cabeza. Por esa razón nunca pisaba el patio y me quedaba escondido detrás de alguna puerta, por si la emoción invocaba mi llanto y los chicos pudiesen pensar que era un mariquita.

Al entrar a clase, la maestra tomó su papel y yo podía anticipar todo lo que se venía:

—Chicos, tengo una linda noticia para darles. El rector me pidió que este año seamos nosotros los que organicemos el acto del 9 de julio.

Por eso ya tengo la lista de los alumnos que van a actuar para que puedan pedirles a sus madres que vayan haciendo o mejor alquilando sus disfraces.

En ese momento me di cuenta de que la cosa no sería fácil, mamá no tenía un mango partido al medio, ni iba a gastar en telas y mucho menos alquilar un disfraz. Tuve sentimientos encontrados, quería actuar, pero no quería poner en aprietos a mi pobre madre.

Deseaba que me dieran un papel que no requiriese algo muy ostentoso. Podía hacer de indígena, o de esclavo, o de vendedor de empanadas, algo que con un corcho quemado y unas camisetas viejas podría interpretar... ¡pero no!

—María vas a hacer de dama antigua junto a Clarita, Jorgito vas a hacer de Fray Justo de Oro, Marcos vas a ser Laprida ... —y siguió con la lista. Yo quería hacerme humo... hasta que dijo:

—¡Pedro! ¡Pedro! ¿Están en clase o en la nube de valencia?

Me sobresalté y esperé frunciendo mi rostro cual iba a ser el disfraz que me iba a tocar en suerte.

—¡Pedrito! ¡y vos vas a ser granadero!

Y ahí se me vino el mundo abajo. Cómo iba a pedirle a mamá que me hiciera ese traje, con la galera, con la espada, con la chaqueta con botones dorados. Quería claudicar, pero algo en mí me decía que debía cumplir con mi obligación en esa fecha patria, pero debía resolverlo solito.

Fueron semanas tremendas, juntando cosas, en los tachos de basura, para mi tan controversial traje. Veía un papel de alfajor de chocolate y lo juntaba, veía restos de papel para forrar y los juntaba. Todo lo que podría servirme para el disfraz iba directo a un depósito

que había improvisado debajo de mi cama. De a poco lo fui construyendo hasta que llegó el día.

El patio de la escuela estallaba de familiares. Yo me pegué una vuelta antes de iniciar el himno. Ver esa multitud me llenó de miedo. Yo sabía la letra que había estudiado a la perfección, pero ahora tendría que ponerme el disfraz de granadero y salir a escena. Mami estaba en la primera fila. La maestra de música estaba dando los últimos detalles a mis compañeros mientras yo seguía dando vueltas con la intención de desertar. Sonó el timbre y la imagen de papá me dio el impulso para tomar el toro por las astas e ir por mi disfraz. Me puse la chaqueta con los botones dorados, el sable que había hecho con un palo forrado con papel de caramelos y la galera. No estaba muy convencido, tenía terror de hacer el ridículo. Pero por lo que había visto en el manual no había granaderos sin galera. Los chicos ya estaban dirigiéndose al escenario que tenía un telón con la casita de Tucumán muy bien pintada. Corrí para pasar desapercibido en medio del grupo.

Cada uno dijo su parte en el micrófono, hasta que me llegó el turno. Caminé con paso firme, como un soldado. Extendí mi sable al cielo y exclamé:

—¡Seamos libres! ¡El resto no importa! — quitándome la lata de durazno que tenía de galera — invité a la multitud que se cagaba de risa a gritar —¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad!